

contra el real fantasma nazi. Llegamos aquí a una encrucijada que incidirá de modo decisivo en la poesía. Los poetas aferrados a una defensa de los valores humanistas y democráticos se sienten inermes ante el avance triunfal, sea del nazismo como del comunismo. El temor que tanto Hitler como Stalin podían suscitar en poetas católicos, espantados ante ese apocalipsis de ciudades destruidas y campos de concentración en Alemania o en Rusia, reclamaría, de modo más urgido, una respuesta. Un orden. Es en este marco general donde se sitúa la obra del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra.

### «Mi pequeño país cristiano»

Como lo dice la antología *Nueva Poesía Nicaragüense* (1949), seleccionada por Orlando Cuadra Downing y prologada por Ernesto Cardenal, en su ficha respectiva: «Pablo Antonio Cuadra. Nació en Managua en 1912. Hizo sus estudios de bachillerato y universitarios en Granada. Ha viajado por Centro, Sur y Norteamérica, España, Italia, Francia y África del Norte. Dirigió, con Octavio Rocha, *Vanguardia*. Luego, en 1934-1935, *Reacción* (con José Coronel Urtecho y Diego Manuel Chamorro). En 1938-1939, *Trinchera y Orden*. En 1940, *Los lunes de la Prensa*. En 1942, *Cuadernos del Taller de San Lucas*».

Y luego añade: «Entre 1936 y 1947 dedica gran parte de su actividad literaria a la lucha anti-imperialista y a la prédica de un acercamiento hispanoamericanista; obra dispersa en incontables artículos y ensayos en la prensa de todo el continente americano y de España y la reunida en los libros: *Hacia la cruz del Sur* (1936), *Breviario Imperial* (1940), *Promisión de México* (1945) y *Entre la cruz y la espada* (1946).»

Finalmente, como libros de poesía, señala: «*Poemas nicaragüenses* (Santiago de Chile, 1933), *Canto Temporal* (Taller San Lucas, Granada, 1934), y *Corona de jilgueros. Selección 1929-1949* (Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1949)». Hijo de un abogado y político conservador, Pablo Antonio Cuadra estudia con los jesuitas. ¿Qué ve, en un primer momento, a su alrededor? Una Nicaragua de guerras civiles, de invasiones norteamericanas y de golpes militares. Una Nicaragua de elecciones vigiladas por *marines* y del levantamiento de Sandino, en 1927, contra la paz en Tipitapa.

Un texto del poeta chileno Lara, en un libro de 1929 llamado SOS, refleja, con la inmediatez de la noticia periodística, la sensibilidad del momento: «New York, día 19. Rumbo a Nicaragua, 23 blindados yankies, zarparon en misión de paz. UP».

A la figura de Darío conviene añadir el influjo movilizador de José Coronel Urteño (1906), el padre del vanguardismo que en el salón de actos del

colegio jesuita organiza lecturas de poetas preclásicos y castellanos. Así se forma Cuadra: entre Darío y Sandino, entre los marines y los poetas castellanos, entre los jesuitas (en el colegio es secretario de la Congregación Mariana y celador del apostolado de la oración) y el antiimperialismo. No han sido muy estudiadas las relaciones entre poesía y religión, en América Latina, siendo tan decisivas. No sólo en la formación de los poetas sino, también, en la enunciación escrita de sus voces: de la Biblia a los villancicos populares, de Job a Belén, un hilo discursivo católico impregna la lírica. Los sermones y los cantos, oídos en la iglesia, entre el temor y el fasto, entre luces y silencios, preces e incienso, colorean la inspiración. No es de extrañar, entonces, que en uno de sus poemas iniciales Cuadra se refiera al mástil del barco en términos como éste: «Pero eres fiel y pobre/ árbol de castidad/ Basta tu cruz de palo/ franciscano del mar» («Fray Mástil»).

Cuadra cumple en 1931 los tres requisitos de un buen vanguardista: redacta un manifiesto, «Ligera exposición y proclama de la antiacademia nicaragüense», dirige el *rincón de vanguardia*, en un periódico, y participa en un recital vanguardista leyendo su poema «Stadium», protegido por un par de guantes de boxeo. ¿Contra la crítica, contra la tradición, contra los rivales o contra la propia poesía? El combate había empezado, pero el lugar elegido resultaba insólito: el colegio Don Bosco de los Salesianos. La vanguardia promovida por los salesianos: así debía ser en la Nicaragua católica del momento.

Luego, cuando Cuadra realiza un decisivo viaje por Sudamérica, en 1933, recalca a su regreso, manes de Rubén Darío, en Chile, donde entrega a la Editorial Nascimento su primer libro: *Poemas Nicaragüenses*. Oigamos uno:

Eran tristes tus distraídos silencios sobre la lluvia. Tristes y largos los mugidos de las vacas por los terneros atascados en los fangos y el silbido vegetal de la boa — como la raíz de un árbol colérico— y la garza incontaminada escrita en tiza sobre tus ojos y los pequeños potrillos jugueteando a la altura de tu primera comunión. Luego, en la noche, encerrar nuestra nostalgia —la melancolía recostada dulcemente en tu recuerdo— secos ya bajo las rojas chamarras escuchando los salivazos del tío Invierno arrojados contra la tierra que se estremece con un rumor de lejanas batallas.

En 1934 Cuadra descubría el paisaje americano e intentaba darle un sentido. El sentido de la enumeración nominativa de sus elementos, como ocurre en relación con animales y árboles —colibrí, pájaro zezontle, conejo vivaz, viejo coyote de las manadas, zorro ladrón— en la cual la inmediatez del campo buscaba ser trascendida hacia la fábula clásica o la hermandad franciscana de todos los seres, del Hermano Hierro a la Hermana Zarza, tal como su poesía lo establece, en sucesivas profundizaciones.

Para ello, al hablar de la vanguardia de Nicaragua, Pedro Xavier Solis ha escrito:

Gestado entre 1927 y 1931 y modulado por la situación histórica (la intervención norteamericana, la gesta de protesta de Sandino, el caos de la postguerra), esta nueva forma irrumpe en imágenes desmesuradas y dislocaciones verbales, cambios eidéticos y estéticos, buceos en el universo nativista cuya penetración fermental creó con su palabra de raíz vernácula —como ningún otro movimiento— la expresión de la entidad nicaragüense y su renacimiento cultural<sup>1</sup>.

Influencia del cine en la estructuración literaria, de la antropología y su penetración en el pasado indígena, del psicoanálisis y su penetración en el subconsciente y el mundo onírico, de la poesía y su penetración ensimismada hacia la entraña de las cosas, como añade Solis, en un mismo lapso el lenguaje de Cuadra podía ir de un idioma neopopularista, como en las *Canciones de pájaro y señora* al clasicismo rural de *Poemas Nicaragüenses*, escrito entre 1930 y 1933. Se podría mezclar, también, Apolo con la Coatlicue, diosa náhuatl de la tierra.

En tal sentido, la caracterización que hace Cardenal de la poesía de Cuadra en el prólogo de la citada antología, es exacta: habla allí de cómo Cuadra mantiene la frescura de la infancia reciente, de cómo busca conservar ese universo rural, cristiano, agrícola y ganadero, patriarcal, de mansos horizontes, de sabanas, de inflexiones típicas de su habla, modulando la voz:

Mi pequeño país cristiano se compone de unas pocas primaveras y campanarios, de zezontles, cortos ferrocarriles y niños marineros.

## Un nuevo orden

«Su poesía es una tierra que habla. Su voz es nacional» (p. 68) dice Cardenal y allí se halla sintetizado el valioso aporte inicial de Cuadra. Ha conferido tanto a la sabana como al río una dimensión verbal, que los hace compartibles, que convierte a la geografía de Nicaragua en un mapa de paisajes y en un censo de hablantes, en una continuidad que llegará hasta nuestro días.

Partiendo de esta raíz nacional, Cuadra, en su viaje por Sudamérica, en su estadía en España, a partir de 1948, en sus lecturas europeas, se sentirá también parte de un mundo de conversos. Maritain, Claudel, Péguy y Max Jacob quien, en frase memorable, reconoció cómo «Cristo se me apareció en el cine». La vanguardia europea se torna católica, del mismo modo que durante su estadía en Buenos Aires Cuadra conoce a Bernárdez, Marechal, Molinari y Lugones y se reafirma en sus propósitos integracionistas, de

<sup>1</sup> Pedro Xavier Solis: «La Vanguardia de Nicaragua». El pez y la serpiente, San José Costa Rica, n.º 28, invierno de 1989, pág. 199-202.

diálogo hemisférico. También allí estaba García Lorca, presentando sus *Bodas de sangre*, con Lola Membrives o viendo editado por Sur su *Romancero gitano*. Lorca, quien al encontrarse con Cuadra, y ante tantos éxitos, le diría: «Ya soy de bronce».

De este modo, el muchacho Cuadra que había sido agricultor en las haciendas de su padre, sembrando algodón, y que al contacto con los peones, había descubierto la mentalidad campesina, con su palabra precisa, con sus giros arcaicos preservados, asistirá, en Argentina, a los cursos de Cultura Católica, a las conferencias de César E. Pico, del ultraderechista Juan Carlos Goyeneche, quien luego editaría *Sol y Luna*, y viviría, en carne propia, el conflicto del caos contra el orden, de la decadencia de Occidente en la nueva edad, y de Roma *versus* Babilonia. Era necesario soñar un orden nuevo, que dejara atrás a la historia y les permitiera entrar en la utopía. Spengler y Berdiaiev, Charles Maurras y Primo de Rivera, Pound, Pessoa y Ramiro de Maeztu serían, entonces, sus maestros.

Al regresar a Managua dictará una conferencia, en un ciclo organizado por los Hermanos Cristianos, titulada: «El retorno de la tradición hispana». Dicha conferencia será reproducida en el periódico *ABC* de Madrid y elogiada por el propio Maeztu.

A partir de allí Cuadra se convertirá en un fanático defensor de un imperialismo espiritual español, como lo atestiguan sus libros de ensayos, analizados por Ricardo Pérez Montfort, en *Hispanismo y Falange* (México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pág. 99-101). En ellos propugnará «establecer un orden gremial corporativo bajo la idea de lo absoluto que es Dios».

Y su poesía reafirmará ese propósito, tal como sucede en *Canto temporal* cuya tercera parte comienza así:

Yo quise un orden como columna gigante  
—plenitud de la forma concertando la desquiciada torturante vida—,  
una elevada espaciosa arquitectura de la labor y la razón.  
de la actividad y sus derivados sentimientos,  
del hombre como habitante, generador de sucesiones.

No siempre la urbanidad carece de poesía:  
una ciudad y una suma de ciudades moviéndose como la coordinada ley de las órbitas,  
un oficio y un cuerpo de oficios con la vinculación de un vasto coral vespertino,  
el yunque sonando con una estrofa de romance que la esposa también canta  
el rey natural que lleva en la mano una vara de distribución atemperada y paternal,  
las consideraciones sumamente útiles de los burgueses y artesanos,  
reunidos para el precio, para la venta y el ornato.

Los clérigos y las campanas esparciendo sobre el vecindario  
una reposada bendiciente alegoría de ángeles custodios.

(*Canto temporal*, 1943)